

que en todas partes cometia y las crueldades repugnantes á que se abandonaba, le enagenaron el apoyo del país, quedándole como único refugio en medio de su descrédito, el acogerse á los Estados-Unidos; pero las tropas españolas, que no habian dejado de molestar en su retirada á los dispersos restos de los indígenas, se apoderaron, cerca del pueblo de Chihuahua, de los principales cabecillas, que fueron pasados por las armas el 21 de marzo de 1811.

Aunque la muerte del cura Hidalgo fué poco sentida por los mejicanos, pues tenian hartas pruebas de su sanguinaria crueldad, el ejemplo de la resistencia estaba dado, y la idea de la independencia, una vez nacida, debia fructificar aun á través de las luchas, trastornos y contrariedades sin cuento. Bien pronto aparecieron en distintos puntos del territorio mejicano algunos cabecillas, que, al frente de partidas mas ó menos numerosas, volvieron á enarbolar el estandarte de la independencia, abatido un momento por el desastroso fin del cura Hidalgo, distrayendo de esta suerte á las tropas españolas, demasiado reducidas en número, para que pudiesen atajar la rebelion que habia estallado en tantos puntos diversos á la vez.

El principal gefe de esta nueva insurreccion fué tambien un sacerdote, llamado Morelos, que dió alguna unidad al movimiento, y fué elevado al carácter de generalísimo de las tropas sublevadas, por su valor y energía, por su actividad y genio organiza-

dor. Esta vez los insurgentes no se presentaban en hordas indisciplinadas como las que habia dirigido Hidalgo: las pasadas derrotas les habian hecho conocer, que no era el mejor género de guerra para combatir contra las tropas aguerridas y disciplinadas, el empleado hasta entonces, sino que por el contrario, parecia preferible distribuir las fuerzas en pequeñas partidas, que, aprovechándose del conocimiento del terreno y del apoyo de las poblaciones rurales, pudiesen molestar continuamente á las tropas reales con repetidos encuentros.

Morelos contaba además con el apoyo de los indios, á cuya raza pertenecia; y aunque le faltaba casi completamente toda clase de instruccion, contaba con dotes que le hacian muy superior á sus compatriotas, como lo prueba el que fuese reconocido sin oposicion por todos los partidarios como gefe superior de las tropas de la independencia. Aunque no era de instinto sanguinario como su predecesor Hidalgo, abandonábase con frecuencia á actos censurables de crueldad, siempre que juzgaba podian ser provechosos para el triunfo de su causa, confundiendo á veces la energía y entereza necesarias en un gefe militar, con el ensañamiento, que en la mayor parte de las ocasiones reconoce por primera causa la debilidad.

Desde que Morelos se puso á la cabeza de los insurrectos, volvió á comenzar la guerra con suerte varia para las partes beligerantes; pero la disciplina, el valor y la pericia militar triunfaron al fin, y Mo-

relas, habiendo cometido la imprudencia de atacar un cuerpo de españoles con fuerzas algun tanto desiguales, sufrió una derrota completa y cayó en manos de sus enemigos. Escusamos añadir que tuvo el mismo fin que Hidalgo. En aquella lucha los vencidos estaban seguros de no encontrar cuartel, y de antemano se resignaban á su suerte. Morelos murió con el valor de un soldado, sin perder su firmeza y energía ni por un instante. Sus conciudadanos premiaron los servicios prestados por este partidario á la independencia del país, dando su nombre á una de las ciudades del territorio (1).

Con la muerte de Morelos perdía la causa de la emancipacion uno de los principales y mas decididos partidarios, y los españoles se veian libres de uno de sus mas acérrimos enemigos. Por este motivo no tardó en declararse la division en el campo de los insurrectos, apareciendo todas las ambiciones, desde el momento que faltó el gefe, á quien todos acababan por su misma superioridad.

Por este tiempo fué nombrado virey de Méjico por el gobierno de Madrid D. Juan de Apodaca, que logró calmar algun tanto con medidas conciliatorias la irritacion de que se hallaban poseídos los ánimos, publicando un indulto, al que se acogieron muchos insurrectos, descontentos con la division que se habia declarado entre los partidarios de la independencia, y todo parecia presagiar que se habia

(1) Valladolid, se llama hoy Morelia.

conjurado por completo la tempestad que amenazaba concluir con la dominacion española en el territorio mejicano; pero estaba destinado á un Español, víctima en su pátria del absolutismo, el papel de volver á comenzar la guerra de la independencia en la Nueva España. En efecto, el liberal Mina, que se habia visto obligado á abandonar sus hogares por su amor á las ideas liberales, desembarcó en el puerto de Soto-la-Marina con algunos aventureros de todas las naciones, entre los cuales se encontraba Juan Arago, hermano del célebre astrónomo francés.

Mina inauguró su campaña batiendo al primer cuerpo que le opuso el virey, con lo cual logró aumentar el número de sus afiliados y sostenerse por algun tiempo en el país. Sin embargo, su calidad de español le hacia algun tanto sospechoso á los naturales, que no le prestaron el concurso que esperaba, y con el cual sin duda hubiera sostenido por mucho tiempo el estandarte de la rebelion.

El virey se aprovechó de esta disposicion de los ánimos, y persiguió vigorosamente al jóven y valiente partidario, que fué sorprendido en la hacienda llamada del Venadito, y pasado por las armas el 17 de mayo de 1817. Tal fué el desgraciado fin de un valiente soldado, que siempre se habia distinguido por su ardiente amor hácia la libertad. Si las persecuciones le lanzaron al acto, siempre censurable, de hacer armas contra su propia pátria, su desgraciada suerte, aunque no aniquila por completo, disminuye algun tanto la falta. Por lo demás, la histo-

ria imparcial, que prescinde de las pasiones del momento, y que excluye toda exageracion, le ha hecho justicia.

La revolucion, que por un momento apareció completamente vencida, no hizo sin embargo mas que mudar de carácter. Las nuevas ideas, producto de la revolucion francesa, atravesaron el Atlántico y se estendieron por todas partes. Los libros prohibidos, para los cuales habia establecido el gobierno español un cordon sanitario, que impedia llegasen á sus colonias ultramarinas, penetraron por los puertos que los insurgentes poseian, y circulaban por el país con una rapidez que aumentaba por su misma prohibicion. La lectura de estos libros, producto de la filosofía del siglo XVIII, abria nuevos horizontes para aquellos espíritus sumidos hasta entonces en la ignorancia, y que carecian por lo tanto del suficiente criterio para distinguir la verdad del error.

En estos libros se atacaban viejas y arraigadas preocupaciones, inveterados abusos, al mismo tiempo que se proclamaban los derechos sagrados del hombre, considerados hasta entonces en aquellas apartadas regiones como heréticos y sediciosos. Con esta revolucion que las ideas modernas operaba en todos los espíritus, coincidian además los movimientos liberales que se verificaban en la Metrópoli, y que con la fuerza poderosa del ejemplo, daban nuevo vigor á las ideas de independencia y libertad.

A consecuencia de este nuevo carácter que tomaba el movimiento, erigióse en Mechoacan una jun-

ta, que consiguió reunir en torno suyo cerca de diez mil hombres de tropas regulares, y que tomando una actitud mas radical de la que hasta entonces habia ostentado la revolucion, dejó de reconocer la soberanía del rey de España.

Desde este momento la lucha toma un nuevo carácter y adquiere cada dia mayor importancia. Por eso, á los primeros partidarios que combaten guiados solo por su instinto de libertad é independencia, sin plan ni idea fija, suceden otros campeones, que saben ya el objeto á que se dirigen, que miden las consecuencias y manifiestan que marchan á un objeto dado, sin arredrarse por los obstáculos, y con la entereza del que camina guiado por un principio, precedido de una gran idea.

La junta de Mechoacan, al negar su obediencia al gobierno de la Metrópoli, se erige en soberana del país, y no tardó en ser apoyada por todos los partidarios de las modernas ideas. Si el ejército de los insurgentes sufre todavía algunas derrotas, la idea de emancipacion se levanta cada vez mas robusta y mas amenazadora, y cada gota de sangre vertida en el combate atrae nuevos defensores, que se sacrifican por la causa de la independencia. Entre estos aparece en primer término D. Agustin Iturbide.